

Conchilla

*La conchilla es de carbonato de calcio.
De grosor, consistencia y color variables,
según la especie. Puede tener
forma cónica o espiralada
y presentar ornamentaciones
como cordones, láminas y espinas.
Protege la cabeza, el pie y las vísceras.
La parte más antigua
se produce desde el desarrollo larval.
Toda la vida el caracol refuerza su refugio.¹*

(Lucrecia / día 1)

¹ Éste y todos los epígrafes capitulares están basados en el texto del capítulo *Gastropoda*, escrito por las doctoras Juliana Giménez y María E. Torroglosa, del libro *Los invertebrados marinos* (2014), Buenos Aires. Editor responsable: doctor Javier Calcagno. Vazquez Mazzini Editores, Fundación de Historia Natural Félix de Azara, Universidad Maimónides, Conicet.

Era flaco y vestía de negro.

Jeans sueltos y remera de manga larga sin inscripciones.

Tenía el pelo atado y una mochila azul bien ajustada a la espalda.

Una mujer le hablaba de algo que él no quería escuchar.

Se debatía entre irse y quedarse.

Oscilaba al mismo tiempo que negaba y se agarraba la cabeza con las manos.

Había sinsentidos en su cuerpo.

Un contraer de músculos.

Un rechazo.

Lucrecia no podía dejar de mirar.

No podía dejar de mirar aunque se muriera de ganas de pasarles por al lado para ir al baño.

Estaban en la entrada del comedor del pabellón II de la Ciudad Universitaria de Buenos Aires.

Más de doscientas personas eran testigos involuntarios de la escena.

De la garganta del chico salió un gruñido ronco y potente.

Un llanto que hizo que Lucrecia se tapara la boca con la mano.

Del brazo de él brotó una trompada a la pared.

El torso y las piernas se enroscaron sobre sí hasta ser un bulto abollado a los pies de ¿la madre?

Ella se desmoronó a su lado.

Intentó tocarlo pero fue rechazada. Se incorporó con esfuerzo.

No era liviano su dolor.

Se quedó allí sin saber dónde posar los ojos.

Mientras el gruñido seguía creciendo.

Mientras el cuerpo se movía hacia adelante y hacia atrás con fuerza.

Mientras él dejaba para siempre su anonimato.

En Lucrecia todo se hizo nudo.

Todo se contrajo. Se apretó.

Los pulmones y el estómago.

Los intestinos y el corazón.

Los músculos.

La causa era ese sonido.

Un sonido que ella había escuchado de pequeña.

Varias veces.

Saliendo de la garganta de la persona más importante de su mundo.

Miró el entorno y vio que alrededor del chico y de la mujer se había hecho un espacio.

Un vacío.

(como si hubiera estallado una bomba arrasándolo todo varios metros a la redonda o como si ellos fueran una bomba que había que desactivar)

Fernando Plazas se acercó con pasos largos desde el otro lado del pabellón.

Era su director de tesis. Su jefe.

Se acercó y los demás humanos respiraron porque otro ya había hecho el movimiento que nadie se atrevía a hacer.

Desactivó la bomba.

Poco a poco todos los presentes volvieron a sus vidas.

Menos Lucrecia.

Ella quería ver lo que no les importaba a los demás.

Quería ver lo que sucedía después del final de la escena.

Cómo su jefe saludó a ¿la madre? con un abrazo y la consoló un momento.

Cómo se agachó luego para hablar con ¿el hijo?

Cómo se incorporó y miró a la mujer. Cómo se acercó a su oído.

Ella asintió y se fue sin dejar de mirar atrás cada cuatro o cinco pasos.

Fernando se agachó al lado del chico y le habló.

Quizás fue el tono o quizás las palabras.

Lo importante es que cesó el gruñido.

Se detuvo el llanto.

Consiguió apaciguarlo.

Se pusieron de pie.

Su jefe hizo un gesto con el brazo señalando las escaleras.

(como si partieran de Hamelín a una tierra prometida)

Hacia allí se encaminaron los dos.

Al pasar cerca de ella Fernando le sonrió con los ojos y la mitad de la boca.

Iba hablando de algo que Lucrecia no entendió.

Giró para mirarlos. No los siguió.

Se apresuró a entrar en el baño.

No aguantaba más.

En el colectivo se había despejado el mal humor de la mañana pensando en la tesis de licenciatura.

Llegar a la tesis era como correr los últimos kilómetros de un maratón.

Durante toda la carrera le habían hablado de la tesis de licenciatura.

La tesina. Su primer trabajo de investigación.

La haría bajo la guía de Fernando.

El plan era finalizarla en nueve meses como máximo.

Desde hacía tres semanas concurría al laboratorio en paralelo con la cursada de sus últimas materias.

Había imaginado el diálogo que tendría con Fernando para planificar las primeras etapas del trabajo.

Ahora dudaba de que ese diálogo fuera a darse.

No había caso: los planes no eran mapas.

Siempre podían torcerse y cambiar.

Entrar en ese grupo de investigación había sido algo muy bueno.

Un logro basado en sus notas.

Pero también en el ida y vuelta que se había generado con Fernando durante la entrevista.

El doctor Plazas era un profesor prestigioso. Aunque siempre generaba comentarios encontrados. Entre profesores y entre estudiantes.

Cuando contó que haría la tesina bajo su supervisión hubo quienes la felicitaron y quienes dudaron de la elección.

Unos decían que era impredecible.

Otros respondían que era un genio.

Lucrecia llamó el ascensor pero se arrepintió y comenzó a subir por las escaleras.

Eran cuatro pisos. Le daban un poco más de tiempo antes de entrar en el laboratorio.

Sospechaba que ahí estaría Fernando con ese chico de negro.

Recordó a aquel otro chico de negro que vivía en el pueblo. ¿Qué habría sido de él?

Un día no lo vio más. Nunca supo por qué.

Le iba a preguntar a Luciano.

Sospechaba que quería llamar la atención de su familia.

La del mundo entero en realidad.

Ella lo había mirado de lejos muchas veces.

Admiraba su coraje.

¿Coraje? ¿Seguía pensando que era coraje?

Tal vez ahora diría que arriesgarse tanto era estupidez.

O que era lo único que podía hacer en un lugar como ése.

Donde todos miran y opinan y un buen lío puede sacarte de ahí.

El de su pueblo no se parecía en nada a este otro chico.

Una sola vez lo tuvo cerca y fue en la orilla del río.

Ella estaba buscando bichos.

Fue en ese verano tan pegajoso y polvoriento.

(¿qué tendría? ¿quince? ¿dieciséis? él se acercaba a los veinte)

Su voz la sorprendió desde el agua. “¿Qué buscás?”.

Sintió temor de que se le acercara demasiado. De que intentara atacarla.

Pero nada en él tenía esa actitud. Aunque la miraba fijamente.

No era lindo. Pero esos ojos traviosos le embellecían el rostro entero.

Ella dijo: “Bichos”.

“¿Bichos como yo?”.

“No. Bichos que se puedan meter en estos frascos”.

Lucrecia recordaba ese diálogo con frecuencia. Su respuesta era lo que más le había gustado de esa tarde.

Porque se animó a decirla y porque hizo que él soltara una carcajada y se pusiera a ayudarla.

Se preguntó si el chico de negro de su pueblo recordaría ese encuentro.

Igual que ella lo había recordado hoy.

Se respondió que quizás sí.

Al fin y al cabo ella tampoco encajaba.
Cargaba con una “circunstancia”.
Una que se hizo coraza.
Pero no era inmune a los comentarios.
A esa asquerosa e hipócrita piedad.